

Breve lectura de la fotografía *Villa en la silla presidencial*

José de la Colina



Rara vez una fotografía, que es la fijación visual de un momento, habrá obtenido tan paralela fijación de la historia, y de la mitología que puede darse en la misma, como en esta impresionante imagen en que, rodeados de una veintena de fugaces comparsas históricas y algún actor de segundo plano (¿Otilio Montaña?), los caudillos Francisco Villa y Emiliano Zapata se reúnen, como dos confluente vertientes del mismo movimiento revolucionario, en el lugar central del Poder: el Palacio Nacional. Curiosamente la mano que tituló la fotografía parece haber obedecido al fetichismo de la Silla Número Uno, puesto que sólo se toma en cuenta a uno de los dos grandes personajes: el título es “Villa en la silla presidencial”, y es cierto que el caudillo del norte es el que ocupa el gran objeto-fetichismo con su coruscante águila dorada en el respaldo, y tiene una actitud cómoda y relajada, confianzuda, como si fuese el dueño de ese ámbito, el señor de la casa; mientras el caudillo del sur tiene una actitud no rígida sino más “formal”, reservada e incluso elegante, con una mano posada sobre la alta copa del sombrero de charro: la actitud de un eventual visitante. Son dos actitudes de hombres muy diferentes hermanados por la misma historia e ignorantes de lo que será su mito. Villa asume por su uniforme una condición militar, Zapata viste de charro, es decir de fiesta. Algunos rostros circunstanciales complementan esta escena atestada de una humanidad que, sin tener yo más datos, supongo anónima. Hay por lo menos dos niños a los lados de los caudillos: uno asoma el rostro por detrás de un respaldo, hacia la izquierda de Villa, y el otro, hacia la derecha de Zapata, emerge como un rostro entero pero con los ojos fulminados por el fogonazo del magnesio (¿es magnesio o ya es



Fondo Casasola, *Villa en la silla presidencial*, 1914. Sinafo-INAH, núm. de inv. 6147

flash?). No es del todo imposible que uno de esos niños haya estado vivo hasta hace unos pocos años, inquilino lateral e innominado de la historia y del mito. Aquí surge una pregunta a los historiadores: ¿alguien de ustedes encontró a esos personajes que entonces eran niños, y les interrogó sobre cómo vivieron en ese parpadeo histórico, mítico?... Pero continúo leyendo la imagen. En el extremo derecho de la foto hay un hombre con aspecto de leguleyo, de catrín o lechuguino, en cuya mano un lápiz casi denuncia la profesión de periodista, o acaso sea, por el cuidado atuendo, la pose a la vez discreta y deferente, los finos lentes, el

sombrero bombin, el bastón de metálica empuñadura, un pequeño funcionario de un régimen provisorio o de emergencia, a saber. De cualquier manera, se diría que ese hombre, al que encuentro parecido con el presidente Zedillo (y ese mero parecido inmediatamente me lo convierte en una especie de personaje introducido como desde otro discurso histórico), está allí cumpliendo la función, o el papel, de cronista o de historiador, o, de alguna manera, el de primer lector de esa imagen que está haciéndose ante sus ojos. Es un poco como el representante de nosotros, el vehículo de nuestra mirada, de nuestras preguntas.